

18. La Prueba del Sábado

Daniel y sus compañeros tenían una conciencia sin ofensa hacia Dios. Pero esto no se preservó sin una lucha. ¡Qué prueba afrontaron los tres asociados de Daniel cuando se les exigió adorar la gran imagen erigida por el rey Nabucodonosor en la llanura de Dura!

Los tres hebreos fueron llamados a confesar a Cristo frente al horno de fuego ardiente. Les costó algo hacer esto, porque sus vidas estaban en juego. Estos jóvenes, imbuídos del Espíritu Santo, declararon a todo el reino de Babilonia su fe: que Aquel a quien adoraban era el único Dios verdadero y viviente. La demostración de su fe en la llanura de Dura fue la presentación más elocuente de sus principios.

Las lecciones que podemos aprender de la lealtad de los cautivos hebreos hacia Dios y Su ley tienen una relación directa y vital con nuestra experiencia en estos últimos días. Tenemos una confesión que hacer diferente de la que hemos hecho; y tendremos que hacerla bajo circunstancias difíciles. Para impresionar a los ídólatras con el poder y la grandeza del Dios viviente, nosotros, como Sus siervos, debemos revelar nuestra propia reverencia por Dios. Debemos manifestar que Él es el único objeto de nuestra adoración y culto, y que ninguna consideración, ni siquiera la preservación de la vida, puede inducirnos a hacer la menor concesión a la idolatría.

La vanagloria y la opresión observadas en el curso seguido por el rey pagano Nabucodonosor se manifiestan y seguirán manifestándose en nuestros días. La historia se repetirá. En esta era, la prueba girará en torno a la observancia del sábado.

El universo celestial contempla a los hombres pisoteando la ley de Jehová, haciendo del memorial de Dios, la señal entre Él y Su pueblo guardador de mandamientos, algo de poca importancia, algo para ser despreciado, mientras un sábado rival es exaltado como lo fue la gran imagen de oro en la llanura de Dura. Hombres que se proclaman cristianos llamarán al mundo a observar este falso sábado que han creado. Todos los que se nieguen serán puestos bajo leyes

opresivas. Este es el misterio de iniquidad, la maquinación de las agencias satánicas, llevada a cabo por el hombre de pecado.

El pueblo de Dios no entrará en controversia con el mundo sobre este asunto. Simplemente tomarán la Palabra de Dios como su guía y mantendrán su lealtad a Aquel cuyos mandamientos guardan. Obedecerán las palabras de Jehová:

«Ciertamente mis sábados guardaréis: porque es señal entre mí y vosotros por vuestras generaciones; para que sepáis que yo soy Jehová que os santifico» (Éxodo 31:13)

«Guardaréis, pues, el sábado...» (Éxodo 31:14)

«...como pacto perpetuo» (Éxodo 31:16)

Cuando el sábado se convierta en el punto especial de controversia en toda la cristiandad, la persistente negativa de una pequeña minoría a ceder a la demanda popular los convertirá en objetos de execración universal. Se argumentará que los pocos que se oponen a una institución de la iglesia y a una ley del estado no deben ser tolerados; que es mejor que ellos sufran a que naciones enteras sean sumidas en la confusión y la anarquía.

Este argumento parecerá concluyente; y contra aquellos que santifican el sábado del cuarto mandamiento finalmente se emitirá un decreto, denunciándolos como merecedores del castigo más severo y dando a la gente libertad, después de cierto tiempo, para darles muerte. El catolicismo romano en el Viejo Mundo y el protestantismo apóstata en el Nuevo, seguirán un curso similar hacia aquellos que honran todos los preceptos divinos.

El tiempo de angustia y aflicción que tenemos ante nosotros requerirá una fe que pueda soportar el cansancio, la demora y el hambre, una fe que no desfallecerá, aunque sea severamente probada. Aquellos que ahora ejercen poca fe están en el mayor peligro de caer bajo el poder de los engaños satánicos y el decreto para coaccionar la conciencia. E incluso si soportan la prueba, se verán sumidos en una angustia y aflicción más profundas en el tiempo de angustia, porque no han adquirido el hábito de confiar en Dios. Las lecciones de fe que han descuidado, se verán obligados a aprenderlas bajo una terrible presión de desaliento.

Ahora debemos familiarizarnos con Dios probando Sus promesas. Los ángeles registran cada oración que es ferviente y sincera. Preferiríamos prescindir de las gratificaciones egoístas antes que descuidar la comunión con Dios. La pobreza más profunda, la mayor abnegación, con Su aprobación, es mejor que las riquezas, los honores, la comodidad y la amistad sin ella. Debemos tomarnos tiempo para orar. Los jóvenes no serían seducidos al pecado si se negaran a entrar en cualquier camino salvo aquel sobre el cual pudieran pedir la bendición de Dios.

Mis queridos jóvenes amigos, si son llamados a pasar por un horno de fuego por causa de Cristo, Jesús estará a su lado. A ustedes declara Él:

«Cuando pases por las aguas, yo estaré contigo; y por los ríos, no te anegarán; cuando andes por el fuego, no te quemarás, ni la llama arderá en ti» (Isaías 43:2)

Las amenazas de los hombres se vuelven insignificantes al lado de la palabra del Dios viviente. Sean leales y verdaderos, y el Dios que anduvo con los tres jóvenes hebreos en el horno de fuego, que se manifestó a Juan en la isla solitaria, estará con ustedes. Su presencia constante los consolará y sostendrá, y ustedes se darán cuenta del cumplimiento de la promesa:

«Si alguno me ama, guardará mi palabra; y mi Padre le amará, y vendremos a él, y haremos morada con él» (Juan 14:23)

«Y bendijo Dios al día séptimo, y lo santificó» (Génesis 2:3)